

ENTREVISTA A JOSÉ MARÍA CASTILLO-NAVARRO

Pedro Felipe Granados
Profesor y crítico literario

En la compañía de Pedro Martínez Cardona, sobrino del novelista, me dirijo una mañana de invierno a la casa de José María Castillo-Navarro, situada en pleno campo de Lorca, en una finca conocida con el nombre de Copo Terré. En la lejanía se eleva el perfil antiguo del castillo árabe al que los años han cubierto con una pátina que al sol tibio de la mañana luce como si fuera de oro. Por los alrededores, las ramas desnudas de los árboles ofrecen una imagen friolenta que contrasta con la calidez con que al llegar nos acoge José María en la placeta de la casa.

Ya en el interior, le doy cuenta del propósito de entrevistarle, y recordamos ocasiones (congresos, publicaciones de sus libros, lecturas públicas de alguna de sus obras...) en las que su mundo creativo nos ha acercado en la cordialidad y el gozo compartido de la literatura. Saludamos a Eulalia, su esposa, que se interesa por el proyecto y los pormenores de la revista...

Su despacho es un espacio donde tienen lugar escogido los libros, pero también, y quizá en el primer término de su afecto, las fotografías y retratos de familia, sus recuerdos del Paso Azul de Lorca, del que fue Presidente muy querido, cuadros de conocidos pintores como Joaquín y Vicente Ruiz, distinciones como el Premio Ciudad de Barcelona de 1957 o el pergamino con su nombramiento como miembro de la Academia Alfonso X el Sabio, de Murcia...

Pregunta. Desde su posición de novelista reconocido en la historia de la Literatura española, ¿podría decirme de qué libro se siente más satisfecho en cuanto a la recepción de los lectores?

Respuesta. La sinceridad auténtica, por maravillosa, es raro que se acepte. Satisfecho, sinceramente, de ninguno de ellos, porque todos tienen imperfecciones. Como escritor tengo un gran sentido de la autocrítica, y me aproximo a mis creaciones con la mayor ansia de perfección.

Estoy agradecido a *Las uñas del miedo* por abrirme los círculos literarios con el Premio Ciudad de Barcelona (1957). Barcelona me lo ha dado todo. No he sido profeta en mi tierra, pero la reedición de *El niño de la flor en la boca* (1990), tras un largo y

voluntario silencio, me permitió acercarme a un público más joven y a generaciones posteriores.

P. Sin querer ser indiscreto, porque si no se han publicado, alguna razón habrá, me gustaría que me dijera algo sobre *Mata mala mata* y *Cuentos para empezar a vivir*.

R. Me parecía que publicaba demasiado y me impuse un largo silencio, una larga reflexión, una larga maduración y meditación en función de si yo, realmente, escribía por vanidad o porque estaba vocacionalmente dotado; y de ser así, yo tenía que ser muy exigente. Pero nunca he dejado de escribir. Lentamente escribí *Cuentos para aprender a vivir* y *Mata Mala Mata*, que me salió muy larga porque el silencio ha sido muy largo también. Es un tema mágico y que tiene que ver con mi mundo, pero no con la forma de escribir que yo he tenido hasta ahora. Me parece que es un libro más sereno, más conseguido, mejor explicado, con un sentido del humor que yo ya tenía, pero que no ejercitaba porque me avergonzaba de él.

P. Se le conoce especialmente como novelista de intención humanística y filosófica, sin que quede de lado en sus obras el aspecto social. ¿Ha intentado alguna vez canalizar estas inquietudes a través de otros géneros como el teatro o la poesía?

R. No me parece desacertado que al conjunto de mi obra le pongan la etiqueta de social, aunque es jugar con lo fácil. Yo siempre cogí como lema una cosa que no es mía: *si hay algo que me emociona más que el hombre es la ruina del hombre*.

El cuento y la novela me han permitido reflejar mis inquietudes, aunque quien se empeña en tener un estilo se amanaera.

P. Usted ha escrito la historia, en forma de novela, de las controversias sociales y existenciales en torno al uso y abuso del agua en nuestra comarca. Eso está en sus novelas, pero qué piensa de ello en una reflexión extraliteraria.

R. El vivir día a día como hombres enteros se hace con frecuencia poco menos que insoportable y el hombre, entonces, es capaz de todas las claudicaciones y bajezas. En mi tierra los labradores buscaron y buscan el agua como mendigos. El hombre es explotado por la avaricia y la codicia de otros hombres, esclavizados por la aridez y la

sequía de una tierra maldita, en la que el sudor de su frente y el afán de cada día no son suficientes para ganarse el pan y cuyas sedientas entrañas sólo pueden regarse con su sangre o sus lágrimas.

En *Con la lengua fuera*, dedicado a mi *TIERRA*, que es mi pan de cada día, el agua es fuente de vida y de muerte, que a la larga obliga a los hombres a encontrarse a sí mismos.

P. ¿Le ha provocado algún tipo de problema con la oligarquía del agua su denuncia y toma de partido por los débiles en su obra literaria?

R. Puse el dedo en la llaga de la España más insolidaria y más herida, la España del caciquismo y de la conciencia de los pobres con la única esperanza de morir junto a su tierra.

P. Yo he visto, siendo niño, alguna de las subastas de agua en Los Alporchones. ¿Cree que la seriedad del tratamiento y la crudeza de su apuesta literaria pudieron contribuir en algo a la desaparición de esta agónica manera de adquirir el agua para el riego en el campo de Lorca?

R. No fue José María sino el sentido común el que puso fin a todo eso.

P. En sus obras apunta a la emigración como una especie de castigo bíblico provocado por la escasez de la tierra y la avaricia de los hombres. ¿Qué le parece este nuevo exilio-emigración de muchos jóvenes de hoy fuera de nuestras fronteras, provocado por la crisis económica y de valores de este tiempo?

R. Aparentemente todos los labriegos quieren quedarse en la zona rural, tienen su empeño, pero al final se ven obligados a abandonar la tierra rumbo a las grandes ciudades (sobre todo en los años cincuenta). Frente a ellos, Manuel siente un apego místico a la tierra: *la tierra es lo que más me importa*. La juventud de hoy en día se ve obligada a repetir la misma historia: salir en busca de un futuro mejor, pese a las dificultades que ello conlleva, o malvivir por no despegarse de su tierra.

P. Usted tuvo problemas con la censura al publicar sus libros. Quisiera saber qué temas eran los más perseguidos, los más tachados por el lápiz rojo. ¿Pudo decir todo lo que quería? Y, por cierto, ¿de qué recursos literarios se valió para sortear esa dificultad? Item más, ¿es más fácil escribir con o sin censura?

R. En 1963 no se permitió la publicación de *El grito de la paloma* por considerarme las instancias del poder *una persona ufana que recoge lo más acre y desagradable del mundo*. Diez años más tarde de publicarse en Francia, Marcelino Oreja ayudó a que *El cansado sol de septiembre* viera la luz, pero censurado. Mi respuesta fue: *mi intención no ha sido hacer historia, que para eso están los historiadores, sino solamente ser novelista*.

El cansado sol de septiembre no es una obra de denuncia sino de conciliación, de explicación de procesos personales, sin incidir profundamente en la causa de los hechos engendrados por la política.

La crítica más dura ha sido la de algunos lorquinos a quienes no gustó que se aireara la parte más oscura y trágica de sus vidas.

Lógicamente es más fácil escribir sin censura alguna, porque es más perentorio.

P. Desde la perspectiva del tiempo, sería interesante conocer los impulsos principales que le han movido a escribir.

R. Mi impulso creativo surgió en el mismo momento en que para entender la vida tuve que explicármela. Siento que al escribir comunico con la parte más simple y complicada de mi ser, de ahí que, al escribir, dolor y gozo se entremezclen. La tarea fundamental del escritor es ponerse de acuerdo consigo mismo, tanto en lo que escribe como en lo que vive.

Escribir por escribir me parece una vanidad. Hay que escribir en función de algo, de un compromiso social. Yo escribo para desdoblarme, oírme, buscarme, rechazarme y pelearme.

P. Barcelona, pero también Lorca, han tenido una influencia decisiva, aunque por motivos diferentes, en su obra. Sería interesante conocer su opinión sobre este aspecto.

R. Barcelona es un espacio para vivir y también un espacio literario en aquel tiempo. Siempre fue para mí y para tantos convecinos míos tierra de promisión y encantamientos, de trabajo y sueños para todo aquel que sea digno de merecerlos.



El escritor y su esposa Eulalia en la finca de Copo Terré

P. Una simple curiosidad: algunos lectores quizá no sepan que está emparentado familiarmente con el novelista murciano Miguel Espinosa, aunque es algo ocurrido con posterioridad a su muerte. De todos modos, ¿lo conoció?, ¿tuvieron algún tipo de contacto literario?

R. Yo escuchaba y aprendía de su saber, así como de su gran humanidad, igual que hablaba de la familia por mi sobrino Pedro, casado con Mavi, una de sus hijas, seres a los que quiero y con los que convivo todavía.

P. En sus obras aparece el ser humano como persona sufriente por su condición vital y como sujeto sometido a las veleidades del destino y a las circunstancias que lo rodean.

R. Los protagonistas de mis novelas están siempre en tensión, disputa, enfrentamiento trágico. Son seres que aman y odian y repulsan, todo a un tiempo.

P. La narrativa se nutre de la vida y vuelve a la vida en forma de personajes en los que podemos mirarnos para reconocernos en ellos y tomar lección del éxito o el fracaso de sus actitudes y comportamientos. ¿Cree que sus obras pueden haber influido en sus lectores y convecinos? Estoy hablando, como ve, del asunto de la literatura y su capacidad para mover el mundo.

R. Nunca fui profeta en mi tierra. Sin embargo, para mí la relación entre vida y literatura es el HOMBRE, sin olvidar nunca, como he dicho con anterioridad, que *si hay algo más hermoso que el hombre es la ruina del hombre*.

P. Sería interesante saber si en sus novelas ha dicho todo o la mayoría de las ideas que quería decir o si le quedan temas en el tintero que le hubiese gustado desarrollar.

R. Admitir que está todo ya dicho sería como poner el candado a la puerta.

P. Leyendo sus novelas, el lector se da cuenta de que todas poseen un fondo de preocupación existencial, de interés acendrado por el ser humano. Y me gustaría saber cuánto hay de usted, de su personal vivencia y sus propias inquietudes en ellas.

R. En mis obras lo humano aflora siempre. Mis personajes a veces tratan de explicarme. Por ejemplo, Ginés de *El niño de la flor en la boca* es Castillo-Navarro de niño cuando asistía a la subasta del agua en Los Alporchones y cuya puja era iniciada ante una cruz que presidía el acto, y me escandalizaba.

P. En alguna ocasión le hemos oído hablar de los pensadores y escritores que le han influido con sus textos y su actitud vital. Sería ésta una buena ocasión para que nos dijera algo sobre ello.

R. Mi primera lectora fue Juana la del Moreno, mi madre. Mis lecturas fundamentales han sido los cuatro Evangelios, León Hebreo y los místicos San Agustín, San Juan de la Cruz... Como novelistas Balzac, Faulkner, André Malraux... También Ana María Matute es una escritora afín a mí al tratar en sus obras el tema de los niños (*Los niños tontos*, 1956). Y Marcella Altieri, que me tradujo al italiano *El niño de la flor en la boca*. Tampoco puedo olvidar a Tomás Salvador, Carmen Kurtz, Mercedes Salisachs... con quienes conviví en Barcelona.

P. Sé que es una pregunta complicada, pero se la hago:Cuál es, a su juicio, independientemente de lo que haya dicho la crítica, el libro que mejor lo define y lo refleja.

R. Sin duda alguna, la ternura de *El niño de la flor en la boca*.

P. En *Caridad la Negra* trata el tema de la prostitución. Y quisiera saber si lo aborda desde el punto de vista social, como una mancha, si lo propone como denuncia, o si, en fin, habla de la situación existencial de unos seres a los que el azar hace caer en la degradación, el sufrimiento y la ignominia.

R. La prostitución marca fatalmente a Soledad de principio a fin, pero es una circunstancia que refuerza el otro elemento clave: el peso de la fatalidad y el cumplimiento del destino. *Caridad la Negra* no es una historia de prostitución y de los caminos que hay para llegar a ella, sino de soledad y, también, de amor a la tierra. La novela no se centra en la prostitución de la protagonista sino en las peripecias vitales y dramáticas que la llevan, a los dieciséis años, desde la casa de su madre hasta su definitiva estancia en el Molinete.

El camino que recorre Soledad está marcado por la agresividad, por una violencia cruel y gratuita que la persigue durante ese trayecto. Pero destaca la peculiar agresividad, el trasfondo de violencia que late en los seres humanos (*Son como bestias cuando se emborrachan con la sangre. Soledad sintió que la vida se transformaba en muerte*). La tumba para Soledad es el ingreso en el prostíbulo de Caridad la Negra, que simboliza su muerte como un cortejo fúnebre. *Cuanto más turbio el tema, más limpia la mirada ha de ser de quien se atreve con él*. Nadie llega al arrepentimiento sin pecados, y hay pecados totalmente necesarios en la vida.

P. Los seres discapacitados han sido descritos con frecuencia, en la literatura española, de manera burda y como personajes risibles. No sé si algún crítico ha comentado el valor de su apuesta literaria por los demediados como personajes dignos de ternura, de compasión y de afecto, cuando escribió *El niño de la flor en la boca*.

R. A menudo la crítica se queda en la forma, el estilo, el lenguaje... sin ver qué hay más allá. Como ejemplo contrario citaré a Esteban Molist Pol, quien captó la intensa carga emotiva de este cuento: *y se da uno cuenta de que en las mismas páginas está la vida con mayúscula, palpitante, con toda su carga de dolores, pero también con ese incontenible afán de vivir, de ser y de existir que es una de las condiciones más hermosas de la humana existencia*; o a M. Fernández Almagro, de la Real Academia Española y de ABC: *El Niño de la flor en la boca le sirve al autor para dramatizar el amor de unos padres a su hijo, en circunstancias que comunican a la narración aires de misterio, sorda pasión y contrapunto de la vida rural. El lenguaje sirve de instrumento para sondear el alma de los personajes y dotarles de ambiente*.

P. Y, en fin, aunque en sus novelas existen personajes que luchan por una idea, un sentimiento o una creencia, late en la mayoría de ellas un hondo pesimismo existencial. Quizá quería usted provocar una reacción en contrario, un compromiso por las ideas que nos dignifican. Pero, en todo caso, ¿sigue pensando que estamos condenados a ser siempre así, por los siglos de los siglos, o existe alguna posibilidad de redención y mejora?

R. Mi estética se manifiesta en un dramatismo que a veces hiere y sacude por su crudeza. Conservo en todo un sentido caritativo y religioso, muy cercano a la *pietas* franciscana. Un sentimiento religioso y humano que condiciona el final de mis obras.

Sin embargo, y desde mi más profundo respeto y sinceridad, creo que hoy día los hombres, por circunstancias, son movidos por otras *pasiones* como el dinero o la envidia, y carecen de fe, o sea, que si el hombre no quiere, Dios no puede: *El Dios que me creó sin mí, no me salvará sin mí*.